

HORA INTERNACIONAL

Demetrio Boersner

Desánimo y desconfianza en los mercados

Durante los meses de julio y agosto, y la primera quincena de septiembre de 2002, prevaleció un ambiente de pesimismo y de incertidumbre en los mercados mundiales de capital. La escandalosa y delictiva quiebra de la empresa transnacional Enron a comienzos del año, y las subsiguientes revelaciones de mala conducta gerencial de la WorldCom y otros gigantes corporativos, dejó moralmente mal parado al sistema capitalista en general, y sobre todo a su sector norteamericano. La razón objetiva por la cual quedaron al descubierto los escándalos corporativos es la crisis global que está sufriendo el modelo de desregulación financiera impuesto al mundo por el Consenso de Washington de 1990-1991. La globalización económica sin controles públicos democráticos, que prevaleció durante los pasados doce años, alentó el fenómeno de la especulación financiera y bursátil sobre todo en Estados Unidos, y el "estallido de la burbuja" que se produjo hace poco sigue teniendo efectos recesivos o depresivos sobre las economías de todas las naciones. Los diversos organismos financieros y económicos internacionales han revisado sus pronósticos para 2002-2003 en sentido negativo.

Desencuentro estratégico mundial

De "extraña crisis" calificó Felipe González la situación diplomática que actualmente prevalece. Teóricamente, la salvaje agresión terrorista del 11 de septiembre de 2001 hubiera debido unificar en un solo frente a todos los estados decentes de la Tierra para encarar la amenaza que representa para la civilización humana una corriente de violencia fanática y reaccionaria, desconocedora de todo progreso histórico logrado desde la temprana Edad Media.

Pero en lugar de esa unidad fraterna, que debería existir para combatir al terrorismo fundamentalista mediante una inteligente combinación de acción represiva con acción solidaria (como se hizo en 1947-1948, cuando el rearme occidental contra el desafío comunista vino acompañado del benéfico Plan Marshall y otros programas de ayuda exterior), durante el presente año ha cundido una creciente división entre la potencia mundial número uno y los demás países que comparten su rechazo al terrorismo.

El presidente George W. Bush y su equipo político –sociológicamente vinculados a fuerzas tradicionalistas y aislacionistas, además del engranaje de intereses petroleros, industriales y militares– han echado por la borda la diplomacia relativamente multilateralista y cooperadora de predecesores tales como William J. Clinton y actualmente están empeñados en imponer al mundo exterior su criterio nacional muchas veces inconsulto y arrogante. En ese orden de ideas, cabe destacar la denuncia del Protocolo ambiental

de Kioto, el rechazo terco e irritante al Tribunal Penal Internacional, y la insistencia casi paranoica de que la ONU y los países individuales excluyan al personal militar o policial estadounidense de la jurisdicción de dicho tribunal.

Preparativos de guerra contra Irak

En el transcurso de los pasados dos meses se ha hecho cada vez más intensa la presión unilateral de Estados Unidos, acompañada activamente tan sólo por el gobierno británico de Anthony Blair, contra el régimen del dictador iraquí Sadam Husein. El presidente Bush, el vicepresidente Cheney y el secretario de defensa Rumsfeld han insistido reiteradamente en el peligro de que Irak agreda a otros países del Medio Oriente, y aún de zonas más lejanas, con armas de destrucción masiva –probablemente químicas o biológicas–, que estaría desarrollando aceleradamente en los laboratorios y las plantas cuyo acceso ha vedado a los inspectores de armas de las Naciones Unidas. (Como se sabe, Sadam Husein ha estado tratando de condicionar el retorno de los inspectores al abandono o aligeramiento de las severas sanciones que la ONU le ha impuesto desde hace diez años).

De manera cada vez más amplia y más definida, el mundo ha venido distanciándose del agresivo unilateralismo de la política norteamericana hacia Irak. Con la excepción del primer ministro Blair y del presidente de gobierno español Aznar, todos los demás gobernantes de Europa han expresado su convicción de que una acción militar contra Sadam Husein sólo sería

aceptable si contara con la autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. De manera aún más definida y enérgica, Rusia y China se oponen a la línea del presidente Bush. Los países árabes y musulmanes igualmente rechazan los planes de ataque unilateral contra Irak y expresan el temor de que tal acción militar pudiese provocar un fortalecimiento del terrorismo y de las tendencias fundamentalistas radicales, y causar hondas fisuras en el seno del Islam.

Con motivo del primer aniversario del ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 contra Nueva York y Washington, el presidente Bush dio expresión a su inflexible voluntad de asestar un golpe militar al "mal" y de sacar a Sadam Husein del poder. Ante la Asamblea General de la ONU (que inició sus sesiones el 10 de septiembre), el mandatario norteamericano formuló un llamado conminatorio a que la organización mundial lo acompañara en su acción armada irrevocable.

En ese momento de tensión extrema, súbitamente el dictador iraquí hizo marcha atrás y anunció que acepta el retorno incondicional e irrestricto de los inspectores del Organismo Internacional de Energía Atómica de las Naciones Unidas. El mundo dio un suspiro de alivio —con la excepción de los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, que expresaron su escepticismo y señalaron que no es la primera vez que el régimen iraquí aparenta transigir, para luego volver a sus viejas andanzas. Además, Bush ha dicho que la finalidad de una acción bélica contra Irak no sería únicamente la de restablecer la supervisión internacional sobre los armamentos de ese país, sino igualmente la de expulsar del poder a Sadam Husein y reemplazarlo con otro gobernante menos opresivo y cruel.

A pesar del gesto conciliador de Husein, no es previsible un ablandamiento significativo de la actitud del presidente norteamericano, por lo menos no antes de las elecciones legislativas y ejecutivas regionales del mes de noviembre, en las cuales tendrá influencia el caso de Irak percibido como parte de la lucha contra el terrorismo.

La Cumbre de Johannesburgo

Desde hace por lo menos treinta años, la lucha por la protección del medio ambiente y del equilibrio ecológico, amenazados por la erosión de los suelos y por diversos tipos de contaminación química y radiológica, ha dejado de ser preocupación de unos pocos para convertirse en la causa de grandes movimientos de masa y de influyentes organizaciones no gubernamentales. En las décadas finales del siglo veinte, el Club de Roma daba expresión semioficial al sentimiento cada vez más difundido por el mundo, de que un crecimiento industrial desmesurado podía atentar contra las bases mismas de la vida en nuestro planeta. Fuertes organizaciones privadas tales como *Greenpeace* comenzaron a realizar acciones espectaculares para defender el medio ambiente de abusos tecnológicos de diversa índole. En casi todos los países desarrollados, surgieron partidos políticos "verdes" que critican al industrialismo desenfrenado y piden su regulación con el fin de salvaguardar la integridad de la naturaleza y del ser humano.

En 1992 se celebró en Río de Janeiro la Primera Cumbre sobre Desarrollo Sustentable: conferencia muy amplia de jefes de estado y de gobierno del mundo entero, junto con representantes de la sociedad civil internacional. Hubo que tratar de conciliar las posiciones discordantes de las fuerzas que privilegian el concepto del desarrollo tecnológico e industrial, y aquellas que asignan la máxima prioridad a la protección ambiental. En la primera de esas posiciones coinciden las grandes industrias del mundo desarrollado con los gobiernos y pueblos del mundo en vías de desarrollo. La segunda posición es defendida por millones de hombres y mujeres preocupados por los síntomas visibles del deterioro ambiental: recalentamiento global, destrucción paulatina de la capa de ozono por la emanación de gases industriales nocivos, creciente deforestación y desertificación, destrucción de la biodiversidad, y extinción de fauna y flora terrestre y marina.

En los países desarrollados, que en el pasado realizaron una industrialización brutal y destruyeron sus propios bosques y recursos renovables, hoy se levanta el grito moralizador en pro de la conservación ambiental y la exigencia a los países actualmente en vías de desarrollo, para que eviten tales pecados y subordinen sus esfuerzos de modernización y de crecimiento productivo a estrictas normas ecológicas. Indignadamente, los gobiernos y pueblos emergentes o periféricos rechazan esa actitud: aceptan la necesidad de proteger al medio ambiente y conservar los recursos naturales a nivel global, pero señalan que la responsabilidad principal en ese sentido incumbe al Norte industrializado y próspero, y no a ellos. Insisten en que tienen derecho al desarrollo industrial, indispensable para superar el atraso. Están dispuestos a intentar que dicho desarrollo se efectúe en forma ecológicamente sustentable, pero no que se les imponga el abandono completo de proyectos infraestructurales e industriales por temor del más leve daño ambiental.

De este modo resulta que el gran debate mundial sobre el desarrollo sustentable, tanto en la Cumbre de Río como en la que acaba de celebrarse, diez años más tarde, en Johannesburgo, sea en gran medida una polémica entre el Norte industrializado y el Sur subdesarrollado o emergente. Pero al mismo tiempo es un enfrentamiento entre fuerzas internas del Norte: los intereses de las grandes industrias, incluidas las energéticas, reacias a aceptar sacrificios con finalidad ambientalista, opuestos a las exigencias de las multitudes que anhelan el rescate de un medio ambiente sano y hermoso, sobre todo para las generaciones futuras. En Johannesburgo, el choque entre las dos posiciones fundamentales resultó en un empate más bien que en una síntesis creativa. Los acuerdos y las resoluciones fueron pocos y tímidos. Se asomaron algunas metas de sustitución de fuentes energéticas fósiles contaminantes por fuentes energéticas renovables y limpias, pero no se llegó a establecer ningún marco general para el desarrollo sustentable del mundo en la próxima década.

En los debates de Johannesburgo como ante los problemas de seguridad mundial anteriormente mencionados, el gobierno de los Estados Unidos causó decepción y desagrado: el presidente Bush dejó de asistir a la Cumbre, y delegó en el secretario de Estado, Colin Powell, la ingrata tarea de anunciar que Norteamérica se niega a atarse las manos con compromisos ecológicos multilaterales.

Pobre América Latina

Como lo señaló en uno de sus recientes análisis la revista *The Economist*, México parece estar moviéndose hacia el norte (creciente interpenetración con la economía de los Estados Unidos), en tanto que el resto de América Latina se mueve hacia el sur (en el sentido de estancamiento en su desarrollo).

En Argentina, el presidente Duhalde no avanza ni un paso, sino más bien retrocede, en su afán de llegar a un entendimiento con el FMI sobre posibles medios para sacar al país de su quiebra económica y su marasmo social. Para cumplir con las exigencias formuladas hasta ahora por las instituciones financieras internacionales, el presidente hubiera debido lograr una agonizante reducción del gasto público, no sólo por parte del gobierno federal, sino también de las provincias, cuyos gobernadores se niegan a cooperar. Aparte de esta rebelión de las autoridades regionales, el presidente enfrenta igualmente la hostilidad de los poderes públicos nacionales: tanto la Corte Suprema de Justicia como el Congreso de la Nación están alineados en su contra. Hundido en una crisis de recesión y descapitalización sin precedentes, Argentina probablemente no puede ser salvada con remedios liberales ortodoxos, sino que habrá que recurrir a algún tipo de transitorias medidas de emergencia sacadas del recetario keynesiano.

Brasil, en cambio, se encuentra en dificultades económicas controlables y no desesperantes. Las encuestas pre-electorales confirman el hecho de que Luiz Inácio "Lula" da Silva ocupa el primer lugar en las preferencias de la población votan-

te, y que hasta es posible que conquiste la Presidencia de la República en la primera vuelta comicial. Como suele ocurrir cuando un socialista democrático con antecedentes radicales asume la jefatura de un país capitalista, la banca y la empresa privada reaccionan con desconfianza y ejercen presiones para que el nuevo gobernante se entienda con ellos y les haga concesiones. La reciente fuga de capitales y merma de inversiones en Brasil responde a una estrategia calculada de los banqueros y capitanes de grandes industrias, más bien que a un verdadero pánico. La burguesía nacional brasileña, madura y sofisticada, está buscando un futuro acomodo con un gobernante de izquierda igualmente maduro y responsable. Lula ha moderado su programa. Seguramente tomará medidas –justas y necesarias– para mejorar la condición de los sectores pobres y reducir un tanto las enormes desigualdades sociales hoy existentes, y dichas medidas implican inevitablemente algunos sacrificios por parte de los privilegiados, sobre todo en materia tributaria. Por el otro lado ha sido tajante en sus promesas de no expropiar empresas o propiedades privadas y de dejar funcionar la economía de mercado. Asimismo se ha comprometido a gobernar en coalición con fuerzas políticas liberales, de centro-derecha. Su reciente acercamiento al estamento militar –nacionalista pero socialmente conservador–, ha tendido a fortalecer aún más su posición.

Chávez bajo la protección de Bush

En el transcurso de los últimos dos meses, el presidente Chávez y sus seguidores de línea dura han intensificado sus ataques y sus amenazas contra la oposición, pero al mismo tiempo han sufrido derrotas y se encuentran a la defensiva. La decisión del Tribunal Supremo de Justicia, que absolvió al grupo de oficiales acusados de "rebelión militar" en los sucesos del 11 de abril, fue un golpe duro para el caudillo venezolano.

Uno de los factores que pese a todo lo sostiene en el poder, es la falta de unidad y de claridad de propósitos

de la oposición democrática. Otro es el hecho de que, internacionalmente, la propaganda de Chávez ha logrado algunos éxitos, haciendo valer el origen democrático de su mandato, y destacando su presunta representación y defensa de los "sectores populares" contra los "oligarcas conspiradores".

El tercer factor, tal vez decisivo, lo constituye el apoyo crítico que la administración Bush está dando al régimen chavista. Han pasado los tiempos en que las autoridades de Washington temían una alianza efectiva de Chávez con gobernantes como Sadam Husein, Muamar Al-Gadafi y Fidel Castro para ir de frente contra los intereses norteamericanos. El gobernante venezolano, de hecho, nunca ha dejado de favorecer con generosos contratos a consorcios económicos estadounidenses, a veces en detrimento de intereses del sector privado criollo. Pero con esto no bastaba; Washington exigía más para apagar cualquier asomo de "luz verde" a eventuales "golpistas" venezolanos.

Lo que exigía se le otorgó. En las últimas semanas, el gobierno del teniente coronel Chávez ha presentado promesas y garantías solemnes de dar la espalda a los elementos radicales en el seno de la OPEP y a ofrecer a Estados Unidos un suministro seguro y confiable de petróleo mientras dure la actual crisis de enfrentamiento de la gran potencia al régimen de Irak. Con esta seguridad adquirida, el presidente Bush desea que en Venezuela se mantenga la estabilidad del régimen, por lo menos hasta después del derrocamiento de Sadam Husein. Así se le ha informado a la oposición venezolana organizada.

Demetrio Boersner

Dr. En Ciencias Políticas
Embajador de Venezuela